



Rafael Jijena Sánchez

El que no te conozca que te compre

México

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Este era un pobre arriero que tenía un jacalito y dos burritos en que llevaba carga de un lado a otro, con lo que se ganaba la vida. Una vez, que estaba muy pobre y necesitado, el arriero, que era muy tonto y creía cuanto le contaban, cogió los burritos, amarró uno tras otros y tomó el camino con rumbo a la feria en que se vendían muchas cosas de comer, muy buenos animales y había toda clase de diversiones. Por el camino, iba el arriero pensando en los puesto de comida que le gustaría visitar, para que le sirvieran buenas carnes, gordas y bien asadas al fuego; frutas jugosas de sabor exquisito, refrescos agradables que le quitaran a la sed y el calor del camino, y después de regalar al paladar, hablar de negocios, hacer buenas transacciones y llevar una hilera muy larga de burros cargados como si fueran hormigas que hacen hilo para llenar sus almacenes de provisiones. Todo esto iba pensando el arriero sin darse cuenta de los burros que llevaba, de las piedras del camino que lastimaban los pies ni del sol que le caía en la piel tostada ya por tantos soles pasados entre polvo y los espinos de los montes.

Dos muy listos ladrones vieron al arriero que iba con los burros y pensaron en robarle uno. No podían asaltarlo y quitarle su animalito a la fuerza porque el arriero se defendería, y, en último caso, los denunciaría, y las autoridades tenían que encontrarlos a la corta o a la larga.

Después de pensarlo y discutir mucho, se acercaron al arriero cautelosamente, cortaron la cuerda que ataba a una de las bestias y el ladrón mas sagaz, se ató la cuerda a su cuello y siguió caminando pacientemente, mientras el otro, derivaba por sendero conveniente al animal hurtado.

En una de las vueltas del camino, el arriero volvió la cara y quedó enormemente sorprendido al ver que, en lugar de un burro, llevaba un hombre atado al cuello. Se detuvo y le preguntó:

-¿Qué haces, bueno hombre?

-¡Ay! Hermano arriero- contestó el ladrón, yo sé que tú eres muy religioso y crees en Dios. Ahí tienes que yo era un hombre bueno y trabajador, que vivía como la gente honrada; pero un día hice una diablura muy gorda, por la que Dios me castigó volviéndome burro. A ti pertenezco por algún tiempo; pero como la condena de Dios no era para siempre, acaba de pasar el tiempo señalado, me he vuelto hombre otra vez y aquí me tienes.

El arriero se afligió muchísimo. Su única riqueza eran dos burritos, uno de los cuales se trocaba en hombre, cuando el más necesitaba contar con él. Gran pérdida la suya: su burro era ya un hombre, al que no podía cargar ni tratar como a un burro, por lo que, con todo dolor de su corazón, le quitó la cuerda del cuello y le dijo que fuera a buscarse vida. Luego siguió, con mas lentitud, el camino a la feria, pensando en su desgracia. Por fin, después de mucho andar, llegó al pueblo, y echó sus pasos, con la boca abierta, admirando todo cuanto se había imaginado pero no podía comprar.

En uno de los muchos lugares que visitó se quedó sorprendido: ahí estaba su burro, con otros animales que se ofrecían a venta. Inmediatamente pensó: aquel infeliz ya hizo otra burrada que no le gustó a Dios, nuestro Señor, y aquí está, otra vez castigado, quien sabe por cuánto tiempo.

El pobre arriero contempló al que fué su burro y acercándose a una de sus grandes orejas, le dijo:

-¡El que no te conozca que te compre!

Seleccionado para los niños por Rafael Jijena Sánchez

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

